

HÉCTOR P. AGOSTI

RETRATO DE LATCHAM

Nos presentó Amorim. Fue en el Salto, en la acogedora e increíble casa de "Las Nubes", una de esas tardes particularmente bochornosas que suele ostentar el verano en el norte uruguayo. Resultó un encuentro fugaz, casi al filo de mi partida —de mi huida— hacia el sur más propicio. Para mí, que suelo retraerme ante los recién conocidos, este hombre de conversación tan caudalosa, que reducía a silencio al propio Amorim —este hombre ruidoso de brazos moviéndose como grandes aspas— no me impresionó favorablemente. Después pasaron muchas cosas: entre ellas una amistad profunda subrayada por espaciados encuentros. Y lo evoco en la última visión, en un almuerzo matizado con abundante vino blanco, en el famoso "Pulpo" porteño, hacia principios de diciembre de 1964, a poco menos de un mes de su muerte, cuando escandalizaba a una amiga muy querida con sus inagotables desenfados a propósito de un congreso de académicos. Entre esas dos fugacidades, ¿cuántas otras fueron componiendo el rostro de la amistad sobre tantas otras ciudades de nuestras deambulaciones? Salto, Montevideo, Santiago, Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, San Pablo, París: las rutas varias, los encuentros tumultuosos, las visitas inesperadas y —sobre todo— los estallidos de una vitalidad comunicativa, fundamental.

Si el retratista ha de procurar un rasgo esencial para definir a su personaje, yo diría que esta vitalidad avasalladora constituía en Latcham la nota dominante. Pero no era la suya una simple vitalidad biológica, sino un apetecido amor por la vida con todos sus secretos y todos sus matices, un amor por la vida que en ocasiones parecía hacerlo desdeñoso de la vida. De primera intención, cualquier testigo superficial (y yo mismo debí ser tomado por tal en mi primer tope-tazo salteño), podría conceptuarlo como un escéptico más o menos

frívolo y circunstancialmente cínico. El mismo se complacía en componer esa imagen, en prodigarla ante quienes le escuchaban, como si fuera, ya de vuelta de tantas cosas, algo semejante a un cardenal del Renacimiento, sabiamente descreído. Pero no era un descreído, sino el ser capaz de comprenderlo todo por exceso y por excelencia de amor, por una humanidad que acaso —sí— pudiera emparentarlo con aquel purpurado francés que Julio Dantas dibujó en su *Cena de los cardenales*.

Sólo un acto de fundamental amor podía llevarle a asumir el duro oficio de crítico, y sólo ese primordial amor pudo dictarle un interés tan acucioso y militante por la literatura de su tierra chilena y por las literaturas de los demás países de Hispanoamérica: amor en cierta forma apasionado y en cierta forma, también, casi reverencial. Sigo apuntalando así las paradojas vitales de este ser, porque a primera vista pareciera que lo reverencial no casaba con quien era una constante llama polémica, una contradicción al ataque deleitada en el juego dialéctico de los disentimientos. Es cierto: una sangre barbotante dinamizando a un cuerpo macizo con poderoso cuello de toro y pesado andar de bestia en acecho, parecían destituir a Latcham de cualquier actitud reverencial. Y la tenía, sin embargo, en grado sumo: era reverencial como gesto de inteligencia y de amor, no de sumisión; reverencial por la comprensión y la admiración del esfuerzo de los demás, por la capacidad de valorar ese esfuerzo en sus padecimientos cabales. Bastaría, pongo por caso, hojear rápidamente su *Carnet crítico*, apenas un muestrario de lo mucho que confió a la caducidad del artículo periodístico. Es posible (y acaso saludable) que cualquier lector pueda encontrar múltiples discrepancias con cuanto allí se sustenta; pero nadie, en cambio, podría desconocer todo cuanto los ensayos allí reunidos significan para una mejor comprensión de la literatura latinoamericana. Latcham desparramó ese fervor en centenares de notas periodísticas, desconocidas las más de ellas, y quizá perdidas. Representan, sin embargo, una historia viva de nuestras literaturas en las últimas décadas, y sólo ese vasto material, morosamente acarreado en su biblioteca, pudo permitirle compilar, con los mismos ingredientes de sabiduría y amor, su *Antología del cuento hispano-americano*, donde la intención selectiva —nada ecléctica, nada complaciente— queda respaldada por un prólogo prolijamente apechugado, arisco en sus razones profundas. Subrayo así, otra vez, la dominante de su espíritu: una esperanzada certidumbre de futuro en medio de su aparente escepticismo, una esperanzada certidumbre que lo llevaba a ser obrero activo en el entendimiento cultural entre nuestros pueblos. Puso empeño

en lograrlo, y fue en mitad de ese empeño, precisamente, que quedó suspenso para siempre su corazón castigado entre el aire tibio de la Cuba de Fidel.

Pero el amor no implica necesariamente la aquiescencia. Puede odiarse por amor, y a veces nace el odio de una necesidad del amor. A veces es menester odiar ardidamente a lo que escarnece el amor, y pienso que mucho en la actitud polémica de Latcham dependía de esa imperiosidad para destruir los entorpecimientos del amor. De pronto su torso vigoroso se agigantaba por sobre su pupitre, rítmicamente batido por sus manazas agobiadoras, y el diputado hasta entonces sonriente encontraba los acentos de la ira para demoler a los contrincantes acantonados en la derecha reaccionaria. Era fulminante en la réplica —urticante, corrosivo—, como si no sólo necesitara destruir sino también disipar con su ácida oratoria hasta el recuerdo de sus cadáveres dialécticos. Era entonces temible, y era entonces cuando uno podía comprender hasta qué punto la palabra representa el arma más peligrosa en poder de los hombres que saben usarla. Dicen que fue —por eso— el parlamentario socialista más contundente. Y tengo para mí que ese amor por los ideales últimos del socialismo, por encima de las peripecias de su propia vida política, explica como una integridad la conducta de Latcham, en apariencia tan desconcertante.

A la sombra del vino, rabelesiano y jocundo, su anecdotario se desgranaba como una inacabable teoría de sucesos: una memoria infatigada al servicio de un conversador sin urgencias. Entonces uno entreabría la puerta de *la petite histoire* y, gracias a ello, se colaba de rondón en *la grande histoire*, descubriendo algunas de sus claves a través de esas zafaduras de Latcham repartidas como mandobles a derechas e izquierdas. El rostro de nuestra América —el rostro de sus políticos, de sus escritores, de sus artistas— surgía así, imperioso, en el hablar sin fronteras de este trotador infatigable. Cierto que se desmoronaban algunas reputaciones fatigosamente apuntaladas, pero quedaba vibrando en su entorno un fragmento vivaz de nuestra historia íntima —la de todos— casi siempre desconocida, cuando no deliberadamente deformada. Entonces, también, he imaginado qué estupendo libro de memorias, socarrón y filoso, hubiera podido componer este chileno esencial. Le sobraba audacia para ello, porque su lengua no se demoraba en decir lo preciso (y a veces algo más). Y cuando le vimos en días muy difíciles como embajador en Montevideo, pudimos comprobar que los protocolos eran para él cosa de poca monta: capaz de desdeñar a sus colegas para deslizar sobre ellos el adjetivo implacable y, desde luego, nada diplomático y, desde luego, siempre justo y justificado.

Era, en definitiva, una articulada bomba de tiempo dispuesta a desbaratar en el momento oportuno los acontecimientos más solemnes y las simulaciones más estiradas.

Acaso por ello era Latcham embajador natural de Chile. Orgulloso de su país, henchido por las tradiciones de independencia intelectual y de convivencia democrática de su patria, Latcham se sentía, no obstante, entrañablemente americano, como si comprendiera que por encima de las fronteras políticas subsisten entre todos nuestros pueblos las mismas necesidades primordiales y los mismos problemas irresueltos que arrastramos desde la Colonia. Su entusiasmo por los intercambios culturales le venía, por lo tanto, desde sus adentros y comenzaba por practicarlos él mismo con magistral ejemplaridad. No creo que sean muchos los americanos que, como él, conocieran con mayor minuciosidad cada una de nuestras literaturas latinoamericanas, cuidadosamente pesquisadas hasta en sus manifestaciones más recientes. Era, como suele decirse, un hombre *à la page*. Entonces, también, en sus meteóricas presencias porteñas, uno le veía meterse en las librerías, revisarlas vehementemente, salir cargado de paquetes, quedarse luego hasta altas horas de la noche, en la habitación del hotel, leyendo los libros más flamantes, y comentándolos y aun discutiéndolos a la mañana siguiente, con el mismo enardecimiento pasional con que los muchachos suelen debatir esos temas —a los gritos— en sus cafés rugientes. Uno veía a Latcham preocupándose especialmente por saber qué hacían los más jóvenes. No era que tuviese la complacencia juvenilista de admitir que los más jóvenes son siempre —necesariamente— los que tienen razón, sino porque sabía —cuerdamente— que a través de ellos es posible adivinar el sentido más íntimo de las nuevas necesidades del mundo. Su estar *à la page*, entonces, no era simplemente erudito, sino vital. Le interesaba lo nuevo como vida, no meramente como información o como recreo. Era —también en esto— la avidez de la vida.

Mientras procuro fijar sus rasgos voy pasando, desordenadamente, las páginas del *Boletín del Instituto de Literatura Chilena*. Puede decirse que el alma de Latcham recae puntualmente en esas páginas de esmerada tipografía: están allí sus ensayos, están las noticias de sus donaciones generosas al fondo bibliográfico del Instituto; pero se adivina especialmente su capacidad de animador para el trabajo de los jóvenes investigadores, a quienes le vi alentar entre chanzas que procuraban disminuir la solemnidad profesoral.

Y entonces vuelvo a las puntualizaciones del amor como signo de la función crítica de Latcham, de ese amor entendido como *eros* en el instante y en la plenitud de la comprensión. Y entonces, también,

se percibe que en semejante comprensión descansa un acto creador, capaz de restituir a la crítica las potencias fundadoras que le corresponden en toda cultura desarrollada. Y entonces descubrimos la lección fundamental de Latcham, que resplandece por sobre las contradicciones, las contradicciones y aun las versatilidades que le gustaba exagerar casi como un niño que maneja atrevidamente un juguete peligroso. Esa lección se funda sobre la certidumbre en la capacidad de nuestros pueblos para fortalecerse ante el enemigo común mediante su mutuo entendimiento. Para esa certidumbre resultaba a veces herramienta irremplazable la iconoclastía de Latcham, porque si a ratos podía ser injusta, casi siempre ayudaba a desbrozar el camino a grandes manotazos para que otros pudieran andarlo más sueltamente. Y entonces vuelvo a recorrer en su compañía, por última vez, las calles de Buenos Aires, sorteando el estruendo de un tránsito endiabladamente desordenado, mirándolo avanzar en su lenta marcha, con sus ojos como dormidos pero tan intensamente escrutadores, con ese andar de un buen burgués cansino que sale a hacer sus plácidas digestiones y que era, sin duda, la última de sus burlas, porque nadie estaba más lejos que él de la pacatería del buen burgués que se estremece ante las salidas fuera de tono. Latcham era —siempre— un “fuera de tono”, acaso porque estaba consustanciado con la tonalidad profunda de una América Latina que quiere redimirse de sus poderosos vecinos protectores.